

## EL HACEDOR DE MILAGROS

Octavio Paz, maestro de traductores

Desde la piedra de Rosetta (intersección versión original, aunque simultáneamente limitada), hasta los más eficientes *best-sellers*, ha existido una gran variedad y multiplicidad, la de los traductores, ese espacio de los días de la literatura, de personas cuyos nombres se dicen con orgullo y satisfacción en una página interior. Rara vez se los encuentra en las críticas de revistas o periódicos al objeto al traducir; si se encuentran, y con facilidad, críticos despiadados del tipo de «la lamentable traducción que describe el contenido de...». Es cierto que hay versiones deprimidas. Es cierto también que son odiadas y aborrecidas mayormente, y que tienen razón los que dicen que por lo general la traducción no es más que una idea pífida y engañosa de lo que es la obra original; pero eso no significa que la totalidad de las traducciones sea mala o inútil. También son mayoría los malos ejemplos, y nadie extraña de este hecho evidente la comprensión de que la literatura sea imposible, de que la novela sea un género sin capacidad expresiva o de que la poesía sea una institución especie en extinción.

«Aprender a hablar es aprender a traducir», dice Octavio Paz: cuando el niño pregunta a su madre por el significado de esta o aquella palabra, lo que realmente le pide es que traduzca a su lengua el término desconocido<sup>1</sup>. Cobrar presupuesto al traducir es sólo una actividad aprendida más o menos difícilmente, una técnica cuyos mecanismos se pueden explicar como los de cualquier otra materia de estudio, o una operación libremente al por sí misma y como tal un misterio, fascinante o complejo como el don del habla. Cuando la Biblia cuenta que Dios enseñó las lenguas para castigar a los hombres por su soberbia, es posible preguntarse qué lenguaje sucedió con la famosa y maldorada torre si hubiera existido un buen equipo de traductores e intérpretes rápidamente organizados y dispuestos a contribuir a que la obra humana llegara a las estrellas.

Lo que Babel confundió y destruyó, lo organizó y reconstruye la traducción: el abanicamiento milenario que se profesa ante ella, y el mundo

<sup>1</sup> Octavio Paz, *Traducción, literatura y literatura*, *Opus* 22, Barcelona, 1951, pág. 8.

vuelve a ordenarse como un rompecabezas largo tiempo revuelto y olvidado en un cajón.

Sin embargo, existe una tendencia que se complace en jugar con cualquier posibilidad de traducción, asociándose en presupuestos a veces filosóficos, a veces lingüísticos, y que rechaza, sobre todo, la posibilidad y la legitimidad de traducir poesía. Las diferencias entre las lenguas, entre las diversas concepciones del mundo que ellas reflejan, entre los léxicos diversos y las distintas sintaxis, son vistas como absolutamente irreductibles e insuperables. Además de constituir una actitud elitista, esta idea, como sostiene Paz, es repugnante, en tanto se funda en una noción equivocada de lo que es la traducción, y en un concepto minimizado de la universalidad de la poesía. También Ezra Pound, refiriéndose a quienes la sostienen, dice que son demasiado sencillos para trabajar... Y continúa: «Cada nueva emboscada, cada nueva aspiración, ha sido estimulada por la traducción, comenzando por Geoffrey Chaucer, la *Grande Traduction*, traducción del *Roman de la Rose*, pasando por Virgilio y Ovidio, condensador de viejos cuentos que había encontrado en latín, francés e italiano<sup>2</sup>».

Y lo que Pound aplica a la literatura inglesa, Paz lo extiende a todas: «La traducción es una actividad civilizada porque nace, como la imitación, de la veneración ante lo extraño o lo ajeno. Sin mitos son éticas y estéticas. La veneración no excluye, sino que exige la fidelidad. Ejemplo: las versiones ebrias y fibrosas de los textos y textos hachados. Por eso la traducción también es civilizadora: nos presenta una imagen del otro y así nos obliga a reconocer que el mundo no termina en nosotros y que el hombre es en los confines<sup>3</sup>. También se podría pensar que la traducción, por todo lo que implica de tentativa de conocimiento, de paciencia medida a través de la *oscuridad* para llegar al conocimiento del extraño, presenta puntos de contacto con el cristianismo. Tal vez no sea casual que un poeta tan preocupado por el misterio y sus problemas como Paz sea, al mismo tiempo, un gran traductor. En el prólogo a *Variaciones y diversiones*, dice que su libro es el resultado de la paciencia y de la casualidad: «Por paciencia traduje a Pessoa y a Michaux; por casualidad a algunos poetas nuevos: Pablo Zoloff me pidió que colaborara con él y yo acepté por amistad y curiosidad (...). Paciencia y casualidad, pero también trabajo de carpintería, alfilería, relijería, herrería, electricidad, plomería, en una palabra: industria visual. La traducción poética exige el empleo de recursos análogos a los de la creación, sólo

<sup>2</sup> Ezra Pound, *El arte de la poesía*, *Revista Nueva*, México, 1940, pág. 30.

<sup>3</sup> Octavio Paz, *El agua y el lenguaje*, J. Nieto, México, 1951, pág. 162.

## El hacedor de milagros [artículo] Graciela Isnardi.

### Libros y documentos

### AUTORÍA

Isnardi, Graciela

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

El hacedor de milagros [artículo] Graciela Isnardi.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa